

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

La salvación de México



Mi papá era un ser solitario. No le era fácil encontrar amigos para verdaderamente conversar. Sin embargo, cuando y dónde menos lo esperaba, apareció en su vida un interlocutor enano. Con cierto estupor pero con mucho gusto, mi padre descubrió que su hijo Germán era bueno para la platicada. Así comenzó nuestra edad de oro. Hoy quiero recordar aquellos momentos en los cuales mi padre se mostraba profundamente decepcionado de México y del PRI y me decía, seguramente con injusticia: todo lo hemos hecho mal, Germán; México se salva por nuestros muralistas y por el Instituto Nacional de Cardiología que es una institución de prestigio mundial. De todas partes vienen los doctores jóvenes a estudiar a Cardiología. Yo tenía once años y ningún argumento para rebatir a mi padre cuando éste decía que entre el Dr. Chávez y Diego Rivera México se salvaría. Además, la palabra, el concepto mismo de "cardiología" no tenía demasiada admisión en el universo de un xoloixcuin-

tle como era yo por aquellos años. Ni en mi delirio más guajiro me hubiera imaginado ingresando a ese extraño lugar donde le hacían cosas a los pacientes que yo no podía entender en aquellos tiempos y que sigo sin entender en este sui generis día de mi sexagésimo quinto cumpleaños.

Tuvieron que pasar más de cincuenta años para que su cardiocharrero negro viniera a formarse en la línea de "admisiones" de este nosocomio. Con gran eficiencia me asignaron mi cuarto y aquí me tienen retrepado en el último piso de la casa que Chávez construyó a batazos.

Mi impresión es superficial e incompleta, pero este edificio me da la sensación de ser ya viejo, aunque muy bien conservado, pero con toda la planta del hotel Mocambo de allá de Veracruz. Me imagino que tuvo su época de ser una muestra de arquitectura muy funcional y avanzada. Ahora es un excelente hospital cuya tarea cosmética es impecable. Mi nutrido contingente de féminas opina que todo está muy bien y resulta mucho menos pretencioso que lugares como los Humanos Vázquez y otros adefesios neorriquistas que padece México. Aquí todo es en tono discreto, pero todo se hace y se hace bien. Vino, por ejemplo, un sufrido residente quien tenía precisas instrucciones de realizar mi historial médico. Pobrecito. No sabía con quién se estaba poniendo el rubio mozalbete. Le conté todas las enfermedades que he padecido, todos los quirófanos que he visitado, todas las vicisitudes médicas que he enfrentado y, cuando comenzaba a platicarle de las enfermedades de mi

mamá, puso cara de General Anaya, se rindió y desapareció a gran velocidad. La que gozó caudalosamente todo esto fue la postmoderna versión de Adelita que se llama Rosachiva que ha venido a encontrar en las dolencias de mi corazón de Puma una nueva esperanza y un nuevo regocijo. Es la persona más leal y más amorosa que conozco.

Mención especialísima merecen las durables monjas que prestan sus servicios en el hospital. Son doctoras de cuerpos y almas y yo pasé un magnífico rato platicando con ellas y aprendiendo apenas los rudimentos de la abnegación que es la materia que ellas dominan. Son bondadosas, son sonrientes, están entrenadas magníficamente como enfermeras y están posgraduadas en amor. En sus manos encomendé mi espíritu y ellas aceptaron esta encomienda con gran alegría.

Mucha gente ha traspuesto los umbrales de esta habitación. De inmediato yo me tiro como Margarita Gautier y recibo a cuatas y cuates con rostro de melancolía, pero también de firme esperanza. Mañana a las doce me llevarán al quirófano. Tendré el honor de hacer uso de un servicio bautizado por mi padre como la salvación de México. Que así sea.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXXXIV (1584)

¿MONTIEL ya le habrá dado su domingo al Gaviotín?

Cualquier correspondencia con esta cardiológica columna, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

